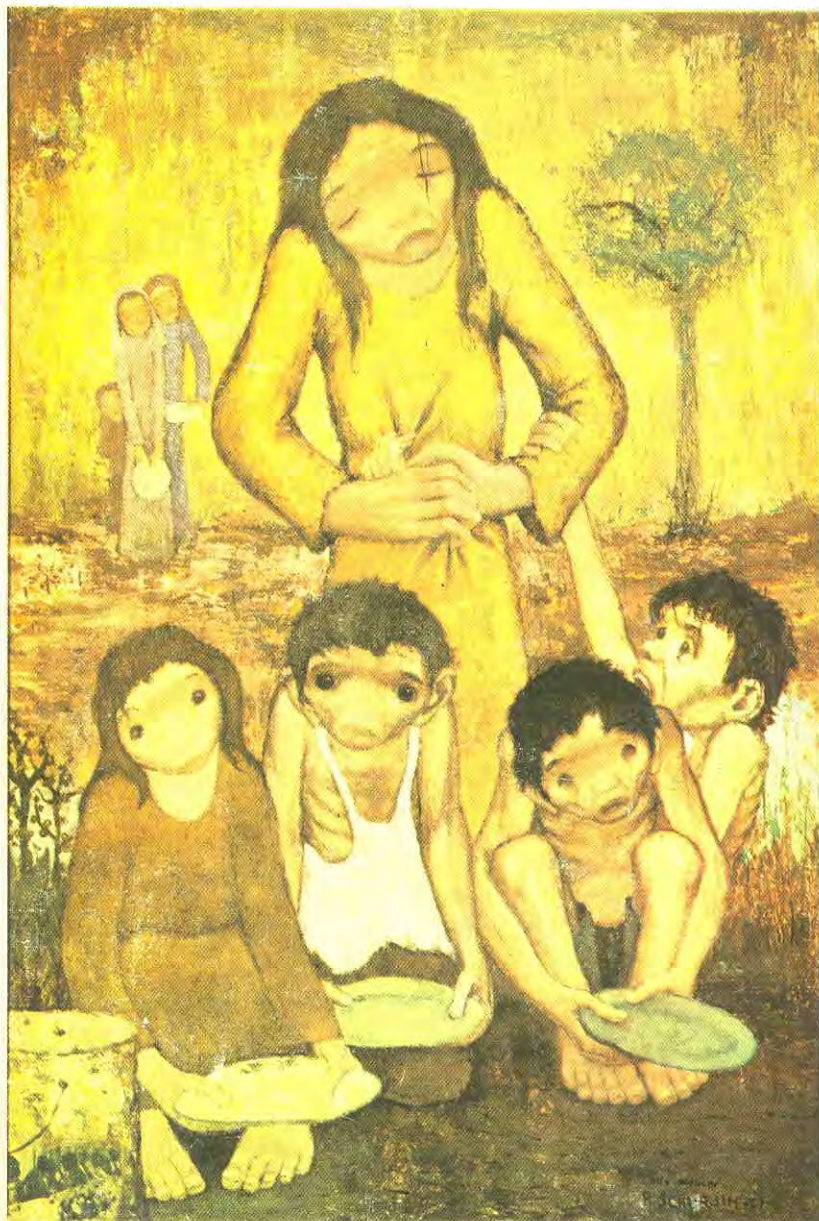


ANTONIO NELLA CASTRO BAGUALA SOLAMENTE



LA VERDE RAMA

BAGUALA SOLAMENTE

La sombra se pone vieja.
Y el caballo la mira.
Por el ámbito denso y comedido
entra al tranco la vida.

A lo lejos se oye el canto. A lo lejos.
La baguala es como una hilera de hormigas
transitando en el viento.
Y se parece al clima.

Y está hecha como los ranchos de torta
y los corrales de pirca.
Con un poco de chicha fermentada
y otro de paloma herida.

Llega despacio.
Tímida.
Y comienza a buscar los oídos
y a meterse en la saliva.

Hasta que uno, sin querer, la lleva puesta
rodeando al corazón lo mismo que las costillas.

Entonces, tierra abajo
y sangre arriba,
trepas por los guayacanes.
Crece entre las hediondillas.
Madura con las ulúas.
Corre con las lagartijas.
O se queda colgada del aire
como lo hacen, a veces, las tijerillas.

La baguala es un potro
tocado en las verijas
que salta dando corcovos
hasta que lo vence la fatiga.

Y el hombre le hace con ella
a sus penas más íntimas
—para que dejen de llover tristezas—
una cruz de ceniza.

La baguala le sirve de remedio casero.
Pero también lastima.

La gente de estos pagos
anda con el alma en camisa.
Cuida vacas ajenas.
Vive en tierras que alquila.
Y se carga con hijos
como si los hijos se pudieran criar sin comida.

Y sin embargo saludan
diciendo buenos días.

Qué corazón, hermano,
dormir bajo estas quinchas
y andar cantando coplas
mientras las tripas silban.

Mientras los huesos crujen
de tanto hacerse astillas
y los sueños
tiritan igual que perros pilas.

Por eso, por eso digo
que la baguala también lastima.
Y por eso, también, la traigo aquí
como una rosa y como una espina.



BAGUALA DE JUAN GUANTAY

Y llegaba de lejos
con altos robledales y pequeñas perdices.
Con la palabra llena
de las cosas más simples.

Era don Juan Guantay un hombre con raíces.

Caminaba despacio. Como pidiéndole
permiso a un pie para mover el otro.
Y tenía esa dulce
y contagiosa tristeza del otoño.

Más que de carne y hueso parecía un viejo tronco.

A mí se me antojaba que guardaba
escondida en el chifle
un agua de rebaños y hondonadas
donde bebía su mirada triste.

Sus ojos anunciaban palomas y países.

La piel reseca y rugosa
se emparentaba con las tierras del Norte.
Tal vez algún jinete imponderable la estuviera
sobando para hacerse un par de guardamontes.

Qué cosa era esa piel objetivamente salobre.

Me traía quesillos, para el tiempo,
y yo le daba coca y cigarrillos.
Eramos
lo que se dice dos buenos amigos.

Lo mostraba el camino. Y lo precedía un relincho.

Se perdió algunos meses. Hasta que un día
lo trajeron hecho cruz sobre el moro.

Marzo andaba en las lluvias.

Recién entonces supe por qué era así el otoño.

Este don Juan Guantay que me enseñó a estar solo.

BAGUALA DEL MULERITO

Vuelve a caer la tarde.
Los arados regresan a las casas
y los últimos tordos
se le sientan al anca.

Juan, el mulero, silba
un distraído aire de baguala.

Se levantó temprano.
Cuando el alba
exprimía en el cielo
sus naranjas
y el jugo
le chorreaba
mojándole
la cara.

Ató las cinco mulas
y se trepó a la sillonera para
salir hacia el potrero
a trabajar como la gente manda.

Regresó cuando el riel
enarbolaba el guiso a la distancia.

Y volvió nuevamente a hinchar el lomo
detrás de los arados y las rastras
hasta que el sol, caído de cansado,
se echó juntito a la oración cerrada.

Un peso con cincuenta —sin comida—
era la paga.

Un peso con cincuenta gusto a sangre.
Qué hermosa es esta tierra agropecuaria.

Qué lindos sus paisajes y sus cielos.
Sus valles labradores y sus zambas.
El turismo social
lleno de cabras.

Juan el mulero duerme en los jergones
mirándole las nalgas a la hermana.

BAGUALA DE GURBAN-SINGH

Con la luna metida en el turbante
y el corazón desnudo,
Gurban-Singh levanta las compuertas de la noche
y echa el agua en los surcos.

Le llamaban el "8".
Gurban-Singh era un número.
(Un número con huesos y con hambre,
con hijos esperando al otro lado del mundo.)

Apareció una tarde en el ingenio
y se quedó de regador nocturno.
Después se hizo tan carne con la acequia
que hasta parece que mirara húmedo.

Al comienzo su aldea fue una angustia.
Una mano apretada sobre los pesos justos.
Un recuerdo caliente.
(Qué desgarrón sus gajos creciendo lejos suyo.)

Pero luego se hundió con la maloja.
Lo ciñeron las cepas. Lo macheteó el coyuyo.
Y Gurban se sumó con sombra y sangre
al trapiche y al jugo.

Y desde entonces cuando el cielo enciende
su brasero de espuelas y bejucos,
sale Gurban con una pala al hombro
como si fuera un grito dando tumbos.

Tal vez, adentro, se le melle el alma
harta de darle siempre en lo más duro.
(Gurban es sólo una herramienta triste,
un sueño arremangado y unos botines sucios.)

Lo trajeron a cuestas: la ternura,
un pan que lo observaba sordo y mudo,
una mujer, un par de niños lacios,
todos juntos.

Lo empujaban a lágrimas:
Fuerza Gurban. Busca otros rumbos.
(Y Gurban vino
atado como un nudo.)

Por eso, siempre, cuando va a la toma
para volcar el agua hacia los surcos,
clava la pala y amontona tierra
como quien le hace un tajamar al mundo.

BAGUALA DEL VIOLINERO

Degollando un violín de palo blanco
viene Nemesio Puca.

El bombo, al lado, le tose su tabaco
y la mañana entera se hace música.

Detrás suyo, San Santiago,
patrono de la puna,
monta un caballo de marlos
con las crines de pelo de vicuña.

(Nemesio, dale al violín,
que a lo mejor la promesa
hace que el dueño del campo
no te quite la parcela.)

Desde las cuatro casas de Lizoite
salió rumbo a La Quiaca.
El acullico puede más que el hambre.
Qué lindo si pudiera también coquear el alma.

Con el icancho vegetal que lleva
encajado en el medio de las guatas
le siembra melodías a las dunas
ya que no sirven para sembrar papas.

(Nemesio, dale al violín
y ajustale bien las cuerdas.
El también debe tener
lo mismo que vos paciencia.)

Cuspideando unas vueltas y otras vueltas
andando por las abras,
el misachico sigue su camino
con la pobreza y con el santo en andas.

Luego hacen noche en algún rancho triste
y esperan hasta el alba.
Menos mal que esta gente tiene a Dios.
De lo contrario no tendrían nada.

(Nemesio, dale al violín.
No lo dejés que se calle.
El silencio es mal amigo
y puede hervirte la sangre.)

Y no bien sale el sol sobre los cerros
recomienzan la ruta.
Y otra vez, otra vez violín y bombo,
carne flaca y angustia.

Y otra jornada. Y otro rancho humilde.
Otro arroyo. Otra cuesta.
Pero la misma soledad redonda
y la misma miseria.

(Nemesio, dale al violín.
Dale con todas tus fuerzas,
"que el horno no está pa' bollos"
hace mucho en estas tierras.)

BAGUALA PARA UN CARRERO

La huella bajaba al río
resbalando por la loma
y se metía en el agua
como una rana saltona.

(Un cielo con nubes gruesas
y una tusca con palomas.)

Don Filemón era un hombre
tan parecido a su tropa
que hasta el ala del sombrero
era una rueda en la sombra.

(Don Filemón era un hombre
parido por una copla.)

Una vez cruzó ese río
cuando una creciente sorda
le verijeaba las mulas
mojándole las caronas.

(Una vez cruzó ese río
a puro talón y lonja.)

Montaba silla chapeada
y calzaba botas cortas.
Y aunque padre de diez hijos
no tuvo jamás esposa.

(Es que es difícil aquí
mantener más de una boca.)

Era dueño de unos carros
que alquilaba por la zona.
Pero apenas si ganaba
para pagarse las copas.

(Cuanto más pobres los pobres
más rico el que los negocia.)

Un día se fue del todo.
Vendió parada su tropa.
Y me dijo al despedirse
solamente un par de cosas:

—Todo plazo tiene un día
y todo tiento se corta.
Tras del culo de las mulas
me estaba volviendo bosta.

BAGUALA DE COPOQUILE



El pueblo tiene un nombre: Copoquile.
Y la pena también: Copoquile.

Los sueños pasan de largo por Copoquile
sin alzar ni la mano para decirle adiós.
Sólo se apea el viento en Copoquile.

Altos cuervos transitan por el cielo
sus papeles quemados.
Y una tierra de talco fatigoso
enarbola carteles de silencio
junto a la miseria de los ranchos.

Sobre los médanos lacios
algún animal muerto bosteza su osamenta.

Hasta la luna es otra en Copoquile.

Sale con las orejas gachas
como burro sabino.
Y camina descalza.

Copoquile es un pueblo con alma de vasija.
Ni un galope siquiera
le delata la vida.

Los changos juntan hambres
como si fueran mariposas.
Y la panza les da sus alfileres
para que las claven en la memoria.

Por eso, yo,
que crezco desde abajo
y que con los de abajo estoy hombro con hombro
digo tu nombre y me duelo:
Copoquile.

Copoquile
pobre
y triste.

BAGUALA DEL COPLERO

1

La mañana se hace arroyo
y ata su chivo en un tala.
Por los sueños, al galope,
va llegando la baguala.

Amanece con el gallo
la vida en el caserío.
La sangre monta a caballo
y el alma carga su avío.

Desperezando mi sombra
todo el mundo se levanta.
Y no bien alguien me nombra
me vuelvo tierra que canta.

Tan sólo siento que existo
cuando zumban las chicharras.
Yo soy un poncho vallisto
tejido a puras guitarras.

Prefiero los gallos congos
y los burros vizcachillos.
La lluvia me crece en hongos
y el otoño en cuaresmillos.

Cada vez me gusta más
andar con el alma al tranco.
La pena es renga de atrás
igual que animal lunanco.

Rumiador, en cuanto chupo,
hablo poco y fumo y fumo.
El vino me entibia el pupo
y el chala me quema en humo.

Cuando muera, cuando muera,
que un tajo me pague el viaje.
Así me iré sangre afuera
para volverme paisaje.

Baguala que traigo aquí,
bagualita del coplero.
Agatas un quitupí
que quiere ser chalchalero.

2

Hermano de la esperanza,
es lindo ser pobre y macho.
Los ricos son pura panza
igual que palo borracho.

Del patrón es la semilla
y la tierra es de él también.
Mío el mate y la bombilla. . .
y el DEBE del almacén.

Enterrado hasta el encuentro
el pobre crece a lo toro.
Si lo cavan para adentro
seguro que le hallan oro.

Desde chango en el trabajo
nunca tuve nada mío.
Me voy gastando hacia abajo
como las aguas del río.

Me gusta pisar los charcos
caminando pata pila.
Cuando florecen los tarcos
me vuelvo llovizna lila.

Mire el humito patrón
que echa la gente a su lado.
Como el horno de carbón
tienen el fuego tapado.

Por criollo y por jornalero
tengo el pecho ensangrentado.
Mi abuelo fue montonero
y usó poncho colorado.

Guardo la pena en tinaja
y canto como bumbuna.
Hasta Dios llora en la caja
cuando se llena la luna.

Estas coplas sin destino
las tiro sobre mis huellas.
Total vuelven con el vino
como bandadas de estrellas.

3

Yo soy un árbol moreno
tronco de puro rocío.
Por fuera parezco lleno.
Mas por dentro estoy vacío.

Transcurro. Me gasto. Voy.
Nadie de mí sabe nada.
A veces pienso que soy
una sombra enamorada.

Estaqueado como un cuero
sueño que puedo volar.
Las pocas cosas que quiero
nunca las pude alcanzar.

Tengo un río de dolor
al que siempre le soy fiel.
Para no ahogarme de amor
vivo saltando a la piel.

No quiero ser corazón
ni tampoco ser aroma.
Pero aunque me acuesto en león
siempre despierto en paloma.

Alguien me lleva de un tiento
desde que vine a la pena.
Embozalado en el viento
sé que soy música ajena.

Uso a la tierra de amante
y a la luna de camastro.
Pues regreso hacia adelante
detrás de mi propio rastro.

Quiero verme, quiero verme
bien adentro y sombra sola.
Ay si pudiera esconderme
igual que el quirquincho bola.

Mi mar es ancha y es calma
pero es muy honda mi mar.
Cuando me caiga hacia el alma
nadie me habrá de sacar.

4

Tengo un hermano de viaje
con el que nunca me encuentro.
Yo le llevo el equipaje.
Lindo el mellizo de adentro.

Nos ayunta una coyunda
bajo un yugo de jacintos.
Pero es él el que me inunda
como un río de pilpintos.

Juntos andamos los dos
mas sólo uno anda perdido.
Yo no lo conozco a Dios.
Y él es viejo conocido.

Claro que, quiera o no quiera,
de tanto andarlo buscando,
no bien pase la tranquera
me habrá de estar esperando.

No sé qué habré de decirle,
ni qué me dirá por eso.
Tal vez me le ponga chirle.
Tal vez se me vuelva espeso.

Aunque pienso, sin embargo,
que este corral de castigos
no habría sido tan amargo
con sólo ser más amigos.

Pero la culpa no es mía,
sobón de mi sangre triste.
Yo te di cuanto tenía.
Fuiste vos quien no lo diste.

Y aun cuando con vos cuñado
no gané ni para susto,
te confieso que a tu lado
he estado muerto de gusto.

Dos changos dejo en el mundo
y en prenda, mientras los crío,
pido que el ñaño profundo
les salga igualito al mío.

BAGUALA DE LA LLOVIZNA

Regresa el agua.
Y las manos morenas del otoño
acarician el aire
azul y solo.
La tristeza se moja en la llovizna
lo mismo que mi poncho
y siembra golondrinas en la tarde
para salir volando por los ojos.

Todo se pone lacio
y asombrosamente hondo.

Hasta el alma recibe la palmada
del agua sobre los hombros
y se da vuelta a mirar la vida
como a una antigua amiga recordada de pronto.

Buscándome hacia adentro
caigo en un pozo.

Hace ya algunos años,
un día igual que éste, íntimo y neblinoso,
los echaron del arriendo al gringo Berni,
al rengo Tallarico y al viejo don Jerónimo.

Resulta que el patrón vendió la finca
y el Banco no les quiso dar plata a los colonos.

Les cargaron los catres en dos carros
como se carga bosta para abono
y los pusieron con toda la familia
al otro lado del arroyo.

Por eso en esta tierra
la tierra siempre es de otro.

Cuando pasaron por delante nuestro
nos regalaron un "adiós a todos".
Sólo Carmela, la del dulce nombre,
iba llorando y se tapaba el rostro.

El silencio era tan tenso
que el agua lo golpeaba como un bombo.

BAGUALA DEL POTRERIZO

Se llamaba Sindulfo.

Y era un muchacho de coyundas y álamos
que conocía uno a uno
el nombre de los animales.

("La Parda", "El Loro", "La Pasuca", "El Turco",
"La Gitana", "El Pancho", "La Cadenera",
"El Pocaspenas" y... "La Culosucio".

Esa yegua machorra que tan sólo servía
para gastar al pedo a los cojudos.)

Vivía del corral a los potreros
entre mansos y chúcaros.
Y le silbaba penas al camino
hasta hallarles el gusto.

Una lluvia de tordos azulinos
le mojaba las tardes. Y Sindulfo
sentía que le andaban en la sangre
rebaños de bejucos.

Salía despertando callejones
sobre la piel de junio,
cuando el aliento tibio de las bestias
llenaba el campo de pilpintos de humo.

O cuando enero calcinaba estrellas
hacia los cuatro rumbos
y las noches volaban a su paso
hechas alilicucos.

Para volver cajeando el guardamonte
entre alaridos turbios
y haciéndole soltar a latigazos
lágrimas de cuero crudo.

Tenía casa y comida.
Y hasta se daba el lujo
de calzar botas encarrujadas. Pero
las cinco leguas de la finca eran todo su mundo.

Su padre nació allí. También su abuelo.
Los dos arrearon sombras y vacunos.
Y el padre y el abuelo del patrón
fueron patrones suyos.

Un tiento de lapachos y verbenas
lo ataba al viejo yugo.
Y le bombeaba el alma pozo afuera
en coplas y coyuyos.

Un tiento que la ataba las achuras
con resignados nudos
y lo hundía en la tierra
como un poste o un surco.

Por eso quedó allí. Y aún debe estarlo.
Se llamaba Sindulfo.

BAGUALA DE LA CHINITA



La madre tuvo seis hijos
de distintos padres.
La gente del cerro
dice que donde hay yeguas potros nacen.

Jacinta
era la más grande.
Y tenía como doce años
cuando la dieron para que no se muriera de hambre.

Total hasta Dios
regaló una vez un hijo de su sangre.

Fue a parar a una familia de clase media:
la señora ama de casa, el marido comerciante.

De entrada nomás la proveyeron
de dos vestidos viejos, un catre,
un par de zapatillas
y un peine para despiojarse.

Y a puro jabón y trapo le sacaron la mugre
hasta hallarle el color de la carne.

Fue como si de pronto
a todo el valle
le borrarán
el paisaje.
O como si de repente
se hubiera puesto insulso el aire.

La comida no era mucha.
Pero sobraba para alimentarse.
Y podía descansar un rato
por las tardes
hasta la hora
de cebar el mate.

Eso sí:
ni hablar de pagarle.
Con que la criaran
ya tenía bastante.

Y Jacinta fue creciendo
como los árboles.
De sólo estar. Hasta que un día
casi sin darse cuenta parió un hijo de nadie.
Un cachorro angustioso
desbordado de todas las márgenes.
Una guagua del viento
tirada como una piedra más entre los arenales.
Un animal profundo y lastimado
brutalmente de balde.

Después. . . Después volvió a los cerros
y allí, como su madre,
Jacinta tuvo seis hijos
de distintos padres.

BAGUALA DEL DIABLERO

Metido en un silbido se va picada afuera
bajo las selvas altas.
Y los huesos se le hacen cedro, roble,
nogal, o tipa blanca.

Lleva al aserradero
una larga y canteada lampalagua
que cruza por el monte
entre los padrenuestros gauchos de las bagualas.

Y le suma a las ruedas
el peso jornalero de su vida mal paga.

Por eso es que los bueyes
conociendo la carga
caminan lentamente
para no lastimarla.

A ambos lados, los árboles se trepan por sus ojos
rumbo al cielo profundo de las montañas.
Y vuelven a la tierra
goteando en la sonora llovizna de las catas.

Un animal botánico
se le muere en la jaula
caliente de la sangre.
Y una angustia orejana
le pita las miserias
quemándolas de a una en el tizón del chala.

Su tarjado destino de rollizo
lo puso en ese obraje maderero de Salta,
donde el hambre lo espía
por el ojo del hacha
y le venden los sueños
como si fueran tablas.

Total, cuando haga noche en medio de la huella
y se eche largo a largo debajo de algún tala,
se le irá la memoria como un perro
olfateándole el alma,
moviéndole la cola a la tristeza,
lamiéndole las llagas.

Y el diablero, mirando las estrellas,
ya ni se acordará de cuánto gana.

BAGUALA PARA DORMIR UN CHANGO POBRE

Duérnase mi chango,
ay junita ay juna,
mirando el burrito
que pasta en la luna.

No ponga esos ojos
de pena vacuna.

Su padre es un hombre.
Su madre es mujer.
Usted vino al mundo. . .
Qué vamos a hacer.

Los dos le juramos
que fue sin querer.

Nunca se le ocurra
que lo han hecho adrede.
Pase lo que pase,
quede lo que quede. . .

No me dé ni un nieto
le pido si puede.

Yo sé que es muy lindo
ser padre y abuelo.
Que su misma sangre
le acaricie el pelo.

Ver un sueño vivo
gateando en el suelo.

Yo sé que es hermoso
curarse los tajos
con las manos dulces
de los propios gajos.

Pero es triste y duele
verlos en andrajos.

Andar patapilas
por los callejones
con el hambre al hombro
muriendo de peones.

Duértese mi chango
que aún tiene pulmones.

➤ Duerma que su madre
con techo o sin techo,
con plata o sin plata,
le ha de dar el pecho.

Duértese mi chango
corazón de afrecho.

Duerma que en sus ojos
me suben al tope
todas las achuras
de un solo galope.

Duérmase mi chango
cuerpito de arrope.

Duérmase mi chango.
Duérmase mi prenda.

Duerma que ya duermen
la luna y la hacienda.



R. SCHUBERT-77

BAGUALA DE LA LAVANDERA



Rumiando iguales días
mastico esta mañana llena de julio frío
el rostro de Josefa
la que lavaba ropa a domicilio.

Dos veces por semana llegaba hasta mi casa
y hundida en un banquito
la hallaba en la cocina frente a un pan
y a un jarro de matecocido.

Tenía los ojos acuos
como esa gente que el invierno tira por los caminos
y una sonrisa rota
de colmillo a colmillo.

Me miraba pasar y me decía
buen día niño
y se quedaba con el alma al aire
hecha un trapo ludido.

Después iba hasta el fondo
junto al perro y al grifo
y doblándose en dos sobre la tina
lavaba cielo y tierra a brazo limpio.

Fregaba toneladas de manteles,
pañuelos y vestidos
gastándole los dientes a la tabla
con sus pobres nudillos.

Y cerca de las doce
los dejaba tendidos
clavándolos con broches a la sogá
como si fueran húmedos pilpintos.

Más tarde regresaba a la cocina
cuando ya los demás habían comido
y cortaba el cansancio y el puchero
con el mismo cuchillo.

Pasaba largo rato frente al plato
pero apenas si daba algún mordisco.

Juntaba los sobrantes de tortilla
o requechos de guiso
y hacía un envoltorio que a la noche
le llevaba al marido.

Nunca a pesar de los años
yo había visto
su cara ni su nombre
pasar al lado mío.

Ni sabía que estaba entre mis cosas
con su sonrisa rota de colmillo a colmillo.

Sólo al hallar de nuevo como ahora
por todos los caminos
gente con la linyera al hombro
goteando pena y chicos
veo a Josefa con los ojos acuos
salir de mi memoria dando gritos.

BAGUALA DEL BRACERO GOLONDRINA

Con cuatro chapas viejas paró el rancho
y allí metió cinco hijos y una mujer preñada.
También su mala estrella,
dos colchones de estopa y unas mantas.

Lo sacó de su pueblo un contratista
que lo trajo a la zafra
con todo un contingente
de sangre conchavada.

Y lo hizo malacate
el hambre de las guaguas.

Desde julio a noviembre
peló zorras de caña
talando los tablones
de moradilla y java

Y cada atardecer, cuando los tordos
volvían en bandadas
enderezaba al lote
en busca de la tarja:
un poco de fideos, pan, frangollo,
cuarto kilo de grasa,
a veces unos vicios,
y hasta un par de alpargatas.

Pero llegó el verano,
se detuvo la fábrica,
y él también como muchos
entró en la diáspora.

Se volvió golondrina.
Una golondrina flaca.
Con pico.
Y con pala.

Primero anduvo por Orán changueando.
Después en un obraje en Rivadavia.
Más tarde en La Merced con el tabaco.
Y luego en La Caldera entre las vacas.
Y peonó por Metán,
La Candelaria,
Rosario de la Frontera
y Anta.
Y esta es la cuarta vuelta
que da en el mismo mapa

Cuando los brotes le pesaron mucho
los fue plantando en fila como estacas.

A la mayor la regaló en Lumbreras.
Al muchachito a un matrimonio en Salta.
Y a la tercera la tiene prometida
a una maestra en Betania.

No se puede nomás cuando uno es pobre
andar con tantos hijos a la rastra.

Ayer volvió al ingenio. Paró el rancho.
Le colocó otra vez las cuatro chapas.
Y salió macheteando las tinieblas
en procura del alba.
Su mujer, como siempre, daba el pecho
y estaba embarazada.

INDICE

| | |
|--|----|
| BAGUALA SOLAMENTE | 9 |
| BAGUALA DE JUAN GUANTAY | 15 |
| BAGUALA DEL MULERITO | 19 |
| BAGUALA DE GURBAN-SINGH | 23 |
| BAGUALA DEL VIOLINERO | 27 |
| BAGUALA PARA UN CARRERO | 31 |
| BAGUALA DE COPOQUILE | 35 |
| BAGUALA DEL COPLERO | 41 |
| BAGUALA DE LA LLOVIZNA | 49 |
| BAGUALA DEL POTRERIZO | 53 |
| BAGUALA DE LA CHINITA | 57 |
| BAGUALA DEL DIABLERO | 63 |
| BAGUALA PARA DORMIR UN CHANGO POBRE | 67 |
| BAGUALA DE LA LAVANDERA | 73 |
| BAGUALA DEL BRACERO GOLONDRINA | 79 |